

LA UNIVERSIDAD Y SUS MISIONES (*)

Todo planteamiento implica una limitación. Hay planteamientos superficiales que incitan a buscar soluciones también superficiales. La Universidad Argentina ha malgastado gran parte de sus energías en la búsqueda de soluciones ingeniosas a cuestiones administrativas, sin advertir que los problemas universitarios son de índole pedagógica. La rectificación debe partir de los planteamientos.

El espíritu formalista, que hemos heredado de los romanos a través de los españoles, nos incita a preocuparnos más por el reglamento que por la vida misma de la institución. Otros pueblos, en cambio, cuidan el desarrollo del organismo vivo y ajustan las reglamentaciones a las exigencias del crecimiento. La actual preocupación por el Estatuto Universitario, la forma de elección de las autoridades, el mecanismo del futuro gobierno universitario, y muchas otras de igual naturaleza, prueban que la Revolución Libertadora no ha logrado cambiar nuestro apego al formalismo. Que la enseñanza sea escasa o nula tiene poca importancia. Tampoco importa que no se investigue en la Universidad, que se vuelva la espalda a las necesidades del país, que no haya profesores para atender decorosamente a muchas cátedras, que los estudiantes sigan repitiendo de memoria los gastados apuntes de años ante-

(*) Artículo publicado en la Revista "Comentario", octubre-noviembre de 1956, N° 13, año IV, Buenos Aires.

riores, que los propios profesores repitan esos mismos apuntes y los exijan en los exámenes, que no exista vida universitaria, que el título sea la meta principal de las actividades y el examen el objetivo inmediato.

Estas calamidades continuarán en vigencia mientras las autoridades, los profesores y los estudiantes no se convencen que la reforma no debe comenzar por la fachada sino por la base. ¿Cómo no convencerse después de tantos intentos infructuosos de renovación exterior? ¿Cuántas veces se han modificado los estatutos, los reglamentos y los planes de estudios en los últimos cuarenta años? ¿De qué ha servido? Si ha habido alguna mejora, no ha sido ciertamente a impulso de las disposiciones legales. Se ha debido a la vocación y al patriotismo de unos pocos hombres que han trabajado, y enseñado a trabajar, sin reparar en las disposiciones de los artículos y los incisos. ¿Por qué no ir, de una vez por todas, al fondo de la cuestión?

El fondo de la cuestión se refiere a la misión de la universidad, a su esencia como institución de cultura superior. No son universidades en el pleno sentido de la palabra porque no cumplen con las misiones fundamentales. Valdrá la pena preguntarse cuáles son esas misiones y sugerir —ya que no se puede hacer otra cosa en un artículo de esta naturaleza— los modos de corrección de las fallas universitarias.

La Universidad tiene cuatro misiones fundamentales. La primera, al menos por orden cronológico, es la misión cultural. La preservación del saber —de las formas superiores de la cultura— es misión universitaria. Si el saber no se conservara vivo a través de las generaciones, la cultura desaparecería y cada generación debería descubrir de nuevo la rueda.

La cultura es cultura viva: es el repertorio de ideas y creencias que sostienen la vida de un pueblo, que lo orientan en su conducta. No es cultura de museo, o de manuales y apuntes que son también piezas de museo. En nuestras universidades, la cultura se mide por la cantidad de conocimientos que se posee. De ahí la vanidosa exhibición de conocimientos que

hacen los profesores en las cátedras y la exigencia memorística en los exámenes.

El universitario argentino es inculto porque sabe demasiadas cosas. El peso de los datos, las clasificaciones y los tratados lo agobian de tal modo que le impiden reaccionar por cuenta propia, con espontaneidad, frescura y sencillez. Decía con razón Max Scheler que la cultura es lo que queda cuando no queda nada. Los datos, clasificaciones y demás contenidos concretos de conocimiento son el andamiaje para formar la cultura: nuestros universitarios viven colgados del andamio. Saben externamente una gran cantidad de cosas pero ellas no les sirven para vivir, sus vidas se inspiran en lugares comunes, en "slogans", en recetas radiales, en la cultura pre-digerida de "Selecciones". De ahí el mal gusto, el "corderismo" político, la mediocridad de las ideas personales, el cuidado exagerado de lo exterior: vestimenta, fachada, reglamento. De ahí también el "snobismo" como forma de compensación del hueco interior: desprecio a lo argentino y exaltación de la Rue de la Paix, la vía Vittorio Veneto y la Quinta Avenida.

Quien haya frecuentado las aulas universitarias no puede sorprenderse de la incultura que allí existe. El espíritu no puede alimentarse con sustancias muertas. Y los profesores asesinan con frecuencia a los creadores de la cultura para presentarlos "didácticamente" a los estudiantes. Por suerte no faltan jóvenes capaces de resucitar cadáveres y profesores respetuosos del aliento creador. La cultura viva se cuele por las grietas; entra a la Universidad furtivamente.

¿Puede esperarse un cambio de la modificación de los planes de estudios? El mismo cuchillo pedagógico sirve para matar a Aristóteles o a Heidegger, a Cervantes o a Proust, a Velázquez o a Picasso.

Lo que hay que cambiar es la actitud de profesores y estudiantes frente a la investigación científica, la creación estética, la meditación filosófica, la vida cultural... Y también a algunos profesores. Si no hay en el país como substituirlos, deben contratarse profesores extranjeros de reconocida com-

petencia. Hasta tanto se formen los nuestros, dentro o fuera del país.

La primera misión de la Universidad se refiere, pues, a la conservación del saber. La segunda a su incremento. La cultura no puede conservarse en un frasco de formol: para sobrevivir tiene que recibir constante aliento creador. De ahí la importancia de la llamada investigación científica, en la que incluimos todas las formas de creación cultural. La capacidad creadora del hombre impide que las grandes conquistas culturales de otras épocas se transformen en piezas de museo. Todas las formas culturales tienen un carácter eminentemente histórico: el hallazgo de hoy se basa en el descubrimiento de ayer. Toda creación actual supone los logros del pasado, y éstos adquieren sentido en la labor del presente y del futuro.

El crecimiento constante de la ciencia, y las demás formas del saber, nos obliga a mantenernos alerta. No podemos anclar el barco en ninguna época histórica, ni tampoco en el pasado inmediato. La ciencia exige el esfuerzo creador; quien se detiene queda rezagado.

La Universidad que no investiga se transforma en institución parasitaria: tiene que vivir a expensas de las demás instituciones del mundo, a la espera incesante del correo. Desde hace tiempo se habla —y con razón— de los peligros del imperialismo cultural. Hace treinta años teníamos que usar zapatos extranjeros; hoy podemos usar excelente calzado nacional. La satisfacción que supone el habernos independizado de la producción extranjera en esta materia no logra apagar la pregunta que se nos viene a los labios: ¿cuándo pasaremos de los pies a la cabeza? ¿Cuándo lograremos independizarnos de la cultura extranjera?

Por otra parte, si nuestras Universidades no investigan, ¿a quién hemos de confiar el estudio de nuestra realidad física, social, económica, educativa? ¿Tendremos que esforzarnos por mejorar la calidad de nuestro ganado para poder traer, con la venta de sus productos, misiones científicas extranjeras?

Aun la calidad del ganado y la independencia económica dependen, desde luego, de la investigación científica. Los problemas que presentan nuestra agricultura y ganadería —y nuestra incipiente industria— exigen investigadores que los solucionen con procedimientos modernos y ajustados a las exigencias de nuestro medio.

A pesar de todo, en nuestras Universidades no se investiga salvo casos excepcionales de hombres aislados, que se sostienen con su propio esfuerzo. No sólo no se investiga sino que no se alienta la formación del espíritu necesario para el desarrollo de la ciencia. No se enseñan las técnicas de la investigación sino que se exalta, de palabra y de hecho, el valor del manual y del tratado. Véanse la cantidad de manuales y tratados que han publicado los profesores argentinos y se advertirá en el acto el espíritu que los anima. El saber cristalizado —cuando no petrificado— constituye su ideal de saber. De ahí que la jerarquía de los profesores se mida por el número de volúmenes y el saber de los alumnos por la “cantidad” de conocimientos que posea.

No se pretende, desde luego, que todos los profesores universitarios sean investigadores. Menos, aún, que todos los estudiantes investiguen. Lo que se desea es que la investigación no esté ausente de la Universidad. Para que no esté ausente no basta deseársela o proponérselo. La ciencia es planta delicada que exige constante cuidado. En primer lugar, no habrá ciencia sin investigadores. El investigador se forma, por lo general, al lado de un maestro. En las disciplinas que no tengamos investigadores de calidad será necesario contratar maestros extranjeros, y no distraer luego su ministerio encargándoles cursos elementales. Ellos vendrán a formar investigadores y deben desempeñar sus tareas en los centros de investigación; la enseñanza, la cátedra, deberá ser tarea secundaria.

En cumplimiento de la tercera misión, la Universidad forma los profesionales que el medio necesita. No cabe la menor duda que la Universidad argentina ha atendido, preferentemente, a esta misión; a tal punto que el profesionalismo es

uno de los vicios de nuestra universidad. En algunas disciplinas ha llegado a formar buenos profesionales. Su vicio estriba en que no ha formado los profesionales que el país necesita.

Los abogados, médicos e ingenieros han sido, durante años, los universitarios por excelencia. Los tres responden a un fin y a una formación profesional, y no cultural o científica. Como las universidades y demás instituciones de cultura, han estado en sus manos durante tantos años, no se ha reparado en las demás misiones de la universidad y se ha continuado en la exageración profesionalista.

La tendencia a destacar estas tres profesiones persiste en la universidad, a juzgar por las abultadas inscripciones en estas tres carreras. En las grandes universidades norteamericanas, en cambio, las tres representan una porción reducida de la actividad universitaria. El cultivo mismo de la ciencia tiene allí una gran significación y las escuelas profesionales citadas forman un aditamento —y no el núcleo— de la universidad.

El predominio profesionalista ha impedido el cultivo de muchas disciplinas. Hay, por ejemplo, una Facultad que se llama de "Derecho y Ciencias Sociales", donde la abogacía se ha "fagocitado" a las ciencias sociales. Resulta ocioso destacar, ante personas cultas, la importancia de las ciencias sociales ¿porqué no se las separa de una Facultad profesional? Hay una confusión tan grande sobre la escala de valores que, para muchos universitarios, tal separación implicaría una pérdida de jerarquía. También deben independizarse, desde luego, los estudios económicos de la Escuela de Contadores. Estas confusiones entre lo profesional y lo científico son en parte responsables del enorme retraso en que se encuentran los estudios económicos y sociales en el país.

A pesar de las críticas que podrían dirigirse a diversas carreras profesionales, no sería la menor que la universidad argentina ha prestado preferente atención al cumplimiento de la misión profesional. Señalamos ya que uno de los mayores

errores en este campo consiste en no haber formado los profesionales que el país necesita. Pero este error tiene que ver, más bien, con la cuarta y última misión de la universidad: la misión social.

La universidad puede adoptar, frente a la sociedad en que vive, tres actitudes. La primera es la de aislamiento, simbolizada por la famosa torre de marfil. Por no querer "contaminarse" con el ambiente en que vive, o por razones de supuesta aristocracia intelectual, el universitario vuelve la espalda a su medio y se encierra en sus preocupaciones y problemas. Con el tiempo el aislamiento se intensifica y la vida del mundo sigue un derrotero que nada tiene que ver con lo que sucede en los claustros. Esta actitud no sólo impide el cumplimiento de la misión social sino que debilita al organismo universitario al cortarse el cordón umbilical que lo une a la sociedad que le dió origen y de la que vive. Tal es la actitud de la universidad argentina, que se ha desentendido de las necesidades del medio social, temerosa de que el barro de la vida salpique la toga universitaria.

Al aislamiento se le opone la plena militancia: la universidad es una rueda en el mecanismo total. Se mueve impulsada por engranajes exteriores. Es la universidad de Hitler, y la que intentó imponer Perón. Universidad servil, sin aliento propio, sin jerarquía moral.

Frente a estas falsas actitudes hay que defender la Universidad pero con responsabilidad social. No debe estar a las órdenes de un gobernante —ni de un partido político o ideología— sino dispuesta a servir a la sociedad, al pueblo, que la mantiene. No para proporcionarle lo que éste o aquélla exija por medio de sus voceros políticos, sino lo que necesite para su progreso, enriquecimiento y elevación material y espiritual. La Universidad no debe abandonar jamás su misión rectora. Si ella no la asume, la dirección de la vida superior del país caerá en manos de los partidos políticos, la prensa o las fuerzas armadas.

Esta crítica está inspirada en el deseo de corregir los

males universitarios y en la esperanza de que, con el esfuerzo de todos, realmente se corregirán. Por tal razón es conveniente agregar algunas sugerencias concretas inspiradas en el deseo de poner fin al actual estado de cosas.

¿Cómo facilitar el cumplimiento de las misiones universitarias? Si bien cada misión universitaria puede ser estimulada por vías específicas, hay medidas fundamentales que pueden traducirse en un mejoramiento general de la vida universitaria.

Una universidad se mide por la calidad de sus maestros e investigadores. Ni unos ni otros se crean por decreto. Sólo si hay vocación, amor a la ciencia y espíritu de sacrificio podrá surgir un maestro o investigador. Estas condiciones son necesarias pero no suficientes. Necesitan de estímulo, ambiente cultural, laboratorios, bibliotecas, etc. La Universidad no puede crear vocaciones; tiene, sin embargo, la obligación de impedir que se pierdan las que existen. Todos los años se desperdician en nuestro país numerosas vocaciones por falta de interés de la universidad. Son personalidades que se derraman porque no encuentran quien las ponga de pie. Si se quiere tener alguna vez una universidad de jerarquía será necesario atender cuidadosamente las vocaciones tan pronto como se descubran.

Un plan racional de becas internas y externas, para estudiantes y graduados, será el mejor procedimiento para no malgastar estas vocaciones. Hay numerosos estudiantes que desearían consagrarse por entero a los estudios y no pueden hacerlo por razones económicas. Si efectivamente tienen las condiciones exigidas para el cultivo de las disciplinas científicas, la universidad debe proporcionarles becas o préstamos que les permitan abandonar el trabajo rentado que desempeñan y que, por lo general, nada tiene que ver con la disciplina que estudian. No propongo que se otorguen becas a todos los estudiantes que trabajan, sino a aquellos que merezcan ese tratamiento privilegiado. Habrá que comenzar por quienes ofrezcan las mayores garantías vocacionales y de consagración

al estudio y a la enseñanza superior, ya que se trata de formar, en primer término, investigadores y docentes universitarios.

Quienes demuestren durante sus estudios que poseen las condiciones exigidas para consagrar sus vidas a la investigación y la enseñanza superior deberán ser becados, tan pronto se gradúen, para realizar estudios de perfeccionamiento en los centros de investigación europeos y norteamericanos.

A esta corriente "emigratoria" que irá a completar en el extranjero la formación de su personalidad científica y cultural, se opondrá otra de carácter "inmigratorio" que permitirá traer los maestros que necesitamos. Por razones de índole muy diversa faltan en el país maestros e investigadores en disciplinas fundamentales. Si efectivamente se desea el progreso de la ciencia y la cultura del país, será necesario traer del extranjero los maestros necesarios para formar aquí el grupo de hombres que más adelante tendrá a su cargo el cultivo creador de tales disciplinas. No deberán usarse a tales estudiosos en el desempeño de funciones rutinarias o elementales. Varios grandes maestros europeos, que han estado entre nosotros durante muchos años, no han contribuído en forma eficaz al progreso de la ciencia o la formación de las jóvenes personalidades creadoras, porque se han malgastado sus energías, o porque no se les ha proporcionado los laboratorios, bibliotecas y demás elementos imprescindibles para el cultivo de sus respectivas disciplinas. La mera presencia física de un investigador no transforma un ambiente; el investigador es lo que es, dentro de un clima cultural, que él necesita para que su labor sea fecunda.

Todo lo anotado como sugestión positiva para crear una universidad nueva tiende a destacar la importancia del aspecto humano; el hombre —maestro o estudiante— será lo esencial. El reglamento y las columnas griegas no tienen importancia.

Hay, desde luego, muchas medidas que, aplicadas con inteligencia, lograrán facilitar la labor universitaria. En primer lugar, será conveniente dividir las Facultades —o la Universidad— en departamentos, a fin de evitar la superposición de

cátedras, laboratorios y bibliotecas, concentrar el esfuerzo creador, coordinar la enseñanza, adiestrar a los estudiantes en la investigación y dar mayor flexibilidad a los cursos.

La introducción del sistema de materias optativas —junto a las asignaturas básicas de carácter obligatorio— aliviará la masa estudiantil inerte, que toma un curso porque lo exige el plan de estudios, para que la enseñanza sea provechosa hay que contar con el interés de los estudiantes. El interés es a la formación cultural lo que el apetito al proceso nutritivo: su punto natural de arranque.

Tal opción no puede quedar librada, desde luego, al capricho estudiantil o al deseo de seguir la línea del menor esfuerzo. Exige un sistema de consejeros que se interesen por la formación cultural y profesional de los estudiantes y que sepan dar a cada uno lo que necesita en el momento propicio.

Además de estas medidas de carácter general, hay otras tendientes a corregir deficiencias específicas. Comencemos por aquellas que se refieren a la formación cultural.

Como no se forma un hombre culto con manuales, será necesario eliminar los manuales y, con mayor razón, los apuntes mimeográficos. En los casos imprescindibles, el manual desempeñará la función de colaborador. Se deberá poner fin, asimismo, a los cursos kilométricos o enciclopédicos que pretenden enseñar todo lo enseñable. Los cursos universitarios son intensivos y no extensivos. Intentar enseñar en la Universidad toda la historia de la literatura, pedagogía, o filosofía por ejemplo, es pretensión ridícula. Esa es función del manual que, en muchos casos, debe conocer el estudiante para poder realizar la faena propiamente universitaria, que consiste en el estudio intensivo de un tema o problema. Así conocerá el estudiante los métodos de trabajo, formará su espíritu crítico y forjará su personalidad cultural en el tratamiento directo con las fuentes primarias y la bibliografía crítica fundamental.

Esto implica actividad del estudiante, trabajo continuado durante todo el año, atención del profesor a las exigencias

culturales de sus discípulos, formación de equipos de trabajo y de bibliotecas especializadas, etc.

Parece innecesario agregar que las clases magistrales deben abolirse —lo cual no implica que todos los cursos tengan que convertirse en seminarios—, que deben terminar los exámenes mensuales y eliminarse los bolilleros y cualquier otro procedimiento de determinación del tema del examen por medio del azar.

Será necesario también introducir otras formas de promoción: exámenes escritos, trabajos de investigación, monografías, etc. según las exigencias y posibilidades de cada asignatura; y exámenes de madurez al terminar cada ciclo o al finalizar la carrera.

Algunas de las medidas sugeridas para promover el cumplimiento de la misión cultural servirán igualmente para alentar la investigación científica. Los estudiantes deberán iniciarse, en los dos últimos años de la carrera, en trabajos de investigación que se intensificarán en los cursos correspondientes al doctorado. Será conveniente separar el grado de "Doctor" de cualquier título profesional y otorgarlo tan sólo a quienes hayan realizado intensos estudios de especialización y aprobado una tesis original, en la que se demuestre vocación efectiva y demás exigencias para la labor creadora. Poseer el título de "Doctor" deberá ser en el futuro —salvo casos excepcionales que lo justifiquen— la primera condición para iniciar la carrera docente o de investigador. Está implícita la necesidad de formar centros de investigaciones, con dedicación exclusiva o parcial de los miembros que los constituyan.

Después de un ciclo común —cultural o científico— se intensificará la especialización de los profesionales, separando lo que está injustamente unido —como la carrera de contador con la de economista— o iniciando especialidades nuevas. Tales especialidades, sin embargo, no deben formarse a base de planes fijos, sino permitiendo a los estudiantes escoger las asignaturas de su preferencia e ir formando paulatinamente su es-

pecialización sin tener que encasillarse en moldes fijos o prematuros.

Los cursos para graduados podrán servir, según los casos, para intensificar la especialización profesional, alentar la vocación científica, iniciar la carrera docente y mantener la información al día en aquellas disciplinas de evolución rápida o constante.

Todo cambio supone una firme decisión. No podrá alterarse la actual relación de la Universidad con el medio social si la primera no se decide a cambiar radicalmente de actitud, abandonando su indiferencia frente a lo que sucede a su alrededor. Sólo así podrá atender a las necesidades del país y fomentar el desarrollo de sus actividades creadoras.

No podrá dar cumplimiento ni a una ni a otra función si no logra previamente un conocimiento de la realidad. La Universidad debe iniciar, por lo tanto, un estudio a fondo de la realidad argentina en todos sus aspectos. Uno de sus capítulos se referirá a la necesidad de nuevos técnicos y profesionales, y a la distribución de los que se forman en la actualidad.

La tarea por cumplir es enorme.

No menor, sin embargo, es el deseo de grandes sectores argentinos de que esa tarea no quede sin realizar. No podrá iniciarse una obra de reconstrucción si no se advierte cuáles son los puntos débiles y no se conocen las bases de una universidad efectiva. La crítica nos permitirá llegar a los cimientos de un edificio en destrucción; de los cimientos habrá que partir si se desea una reconstrucción duradera.

RISIERI FRONDISI